

Los españoles almuerzan una cucharada de chocolate; comen una cabeza de ajos, y un cigarrillo les sirve de cena: lleve usted también un colchón y un puchero para acostarse y hacer la comida.» Nada tranquilizadores eran los diálogos de las guías de viajeros. En el capítulo de *El viajero en la posada* se leen estas frases espantosas:—Quisiera tomar algo.—Pues tome usted asiento— responde el mesonero.—Bueno; pero es que quisiera tomar algo más nutritivo.—¿Y qué ha traído usted?—Nada.—Pues entonces, ¿cómo le voy á dar de comer? Ahí cerca vive el carnicero, algo más allá el panadero. Traiga usted pan y carne, y si hay carbón, mi mujer, que entiende algo de cocina, guisará...—El viajero, enfurecido, arma un escándalo, y el posadero, impasible, le pone en la cuenta: seis reales de alboroto.

El coche que va de Bayona á Madrid lo conduce un mayoral con sombrero puntiagudo, adornado con terciopelo y bolas de seda, chaqueta obscura con alamares de color, polainas de cuero y faja colorada. Esto ya tiene algo de color local.

El reloj de la iglesia de Urrugne lleva escrita en letras negras la fúnebre inscripción: *Vulnerat omnes, ultima neeat*. Razón tienes, esfera melancólica; todas las horas nos hieren con la acerada punta de tus agujas, y cada vuelta de la rueda nos arrastra hacia lo desconocido.

En la frontera la guerra civil ha originado dos clases de comercio: el de balas encontradas en el campo y el de contrabando humano. Se pasa un carlista como quien lleva un fardo y se paga con sujeción á una tarifa. El contrabandista agarra á un hombre, lo pasa y lo lleva á su destino, como si fuera una docena de pañuelos ó un ciento de cigarros.

III

El zagal y los escopeteros.—Irún.—Los pordioseros.

Astigarraga

La mitad del puente sobre el Bidasoa pertenece á España, de modo que se puede poner un pie en cada reino, lo cual es muy majestuoso. Al terminar el puente se entra de plano en la vida española y en el color local. Irún en nada se parece á un pueblo francés. Los balcones son muy salientes, de labor antigua, trabajados con una prolijidad rara en un pueblo perdido como Irún, y que hace suponer una opulencia desvanecida. Las mujeres se pasan la vida en aquellos balcones, á la sombra de las cortinas de colores, que parecen salas aéreas apoyadas en el edificio. Los costados quedan libres y dan paso á la brisa fresca y á las ardientes miradas.

Al salir de Irún engancharon á la diligencia diez mulas esquiladas hasta la mitad del cuerpo, que recordaban aquellas vestimentas de la Edad Media, semejantes á dos mitades de trajes cosidos por casualidad. Acompañáronnos un zagal y dos escopeteros armados con trabucos. Antes de echar á andar, hubo que visar los pasaportes, ya bastante emborrionados.

Un ruido extraño, inexplicable, ronco, espantoso y ridículo me preocupaba hacia tiempo; parecía producido por una muchedumbre de grajos des-

plumados vivos, de chiquillos azotados, de gatos en celo, de sierras mordiendo piedra, de calderos arañados, de goznes carcelarios enmohecidos, obligados á soltar al prisionero; lo menos creía yo que se trataba de una princesa degollada por feroz nigromante... Pues era una carreta de bueyes que subía por la calle de Irún, y cuyo eje chirriaba por falta de sebo, porque el conductor preferiría echarse la grasa en la sopa. La carreta era muy primitiva: las ruedas macizas giraban con el eje como en los carritos que hacen los niños con cortezas de pepino. Este ruido se oye á media legua y no desagrade á los naturales del país, que poseen de balde un instrumento musical que toca solo mientras dura la caminata, y les parece tan armonioso como á nosotros un violín.

Desde la puerta de la ciudad dirigí una mirada de despedida á Francia y contemplé un magnífico espectáculo: la cordillera de los Pirineos bajaba en armoniosas ondulaciones hacia el mar azul, y gracias á la extremada limpidez del aire se veía muy en lontananza una tenue línea de color asalmonado pálido, que se internaba en la azul inmensidad y formaba en la costa ancha escotadura. Bayona y su centinela avanzado, Biarritz, ocupaban el extremo de la punta, y el golfo de Gascuña se dibujaba tan limpidamente como en un mapa. Ya no volveremos á ver el mar hasta que llegemos á Andalucía.

Subía y bajaba el coche á escape pendientes rapidísimas, pero á pesar de la velocidad nos caía de cuando en cuando en las rodillas una rama de laurel, un ramito de flores silvestres, un collar de fresas monteses. Todo aquello nos lo tiraban chicos y chicas, pordioseros que seguían el coche corriendo descalzos sobre las piedras cortantes.

Aquella manera de pedir limosna empezando por hacer un regalo, tiene algo noble y poético.

Torrentes caprichosos como mujeres van y vienen, forman cascadas, se dividen, se juntan otra vez á través de rocas y guijarros de manera divertidísima y sirven de pretexto á una porción de puentes en extremo pintorescos. Es un oficio muy tranquilo, una verdadera canongía, el de puente español. La gente puede pasearse por debajo las tres cuartas partes del año. Allí se están los puentes con imperturbable flemma, con paciencia digna de mejor suerte, esperando un río, un hilo de agua, siquiera algo de humedad.

Cambiamos de mulas en Oyarzun, y al anochechar llegamos al pueblo de Astigarraga, donde teníamos que dormir. Aun no habíamos catado la posada española. Las descripciones abundantes y picarescas del *Quijote* y del *Lazarillo de Tormes* se nos venían á la memoria, y nos picaba el cuerpo pensando en ellas. Esperábamos tortillas adornadas con pelos merovingios y mezcladas con plumas, pedazos de tocino rancio con pelo y todo, tan útiles para hacer sopa como para cepillar zapatos, vino en pellejos como los que el hidalgo manchego acuchilló briosamente, y hasta esperábamos no encontrar nada (lo cual hubiera sido peor) y cenar, como el valeroso Sancho, música de bandolín á secas.

Quando nos llevaron á nuestras habitaciones, nos deslumbró la blancura de las cortinas y las ropas de cama, la limpieza holandesa de los suelos y el cuidadoso esmero en todos los pormenores. Hermosas muchachonas bien formadas, con magníficas trenzas encima de la espalda, bien vestidas y en nada semejantes á las maritornes prometidas, iban y venían con una actividad de buen

agüero para la cena, que no se hizo esperar, y en cuya minuciosa descripción voy á extenderme.

Lo primero que se sirve es una sopa muy graciosa, que se diferencia de la nuestra en un tinte rojizo producido por el azafrán que se le echa. El pan es muy blanco y apretado, con corteza lisa y ligeramente dorada, y demasiado salada para paladares parisienses. La mantelería es de una especie de damasco basto. El vino hay que confesar que era de color morado episcopal, y tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

Después de la sopa vino el puchero, manjar eminentemente español, mejor dicho, único manjar español que se come diariamente desde Irún á Cádiz, y recíprocamente. En la composición de un buen puchero entran: un pedazo de carne de vaca, otro de carnero, gallina, chorizo, tocino y jamón y por encima una salsa hecha con tomate y azafrán: los repollos y los garbanzos forman también parte del puchero, y como los últimos no son muy conocidos en Paris, los definiré diciendo que son guisantes que tienen la ambición de ser judías, y lo consiguen demasiado. Todo esto se sirve en fuentes diferentes, pero luego lo mezclan cada cual en su plato de modo que se convierta en una especie de mayonesa complicada, y que sabe muy bien.

Algo tosco parecerá esto á los gastrónomos lectores de Carême y Brillat Savarin, pero tiene su encanto, y debe de agradar á los eclécticos y pan-teístas.

Luego vienen los pollos preparados con aceite, porque la manteca es cosa desconocida en España, pescado frito (truchas ó merluza), cordero asado, espárragos, ensalada, y como postre galletas, almendras tostadas, de exquisito sabor, y queso de Burgos, el cual merece á veces su gran fama. Para

terminar, traen vino de Málaga, Jerez y aguar-diente y una copa de metal con brasas para encen-der los cigarrillos. Esta comida, con variaciones de poca importancia, se reproduce invariablemen-te en toda España.

Después de salir de Astigarraga pasamos por Hernani, lugar cuyo nombre evoca los más román-ticos recuerdos, y no vimos más que montones de chozas y escombros vagamente abocetados en la obscuridad.

A fuerza de subir y bajar, de pasar torrentes por puentes de piedra, llegamos por fin á Vergara, lugar de la comida, con íntima satisfacción.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO